

Arqueología del Aikidô



Kenshinkan dôjô

A sesenta kilómetros de Badajoz se encuentra Emérita Augusta, Ciudad que fuera capital de la Lusitania romana. No hay un movimiento de tierra en Mérida en el que no aparezca un vestigio de su pasado glorioso: una epopeya que comenzó en el año 25 a.C. y que hizo de ella una de las tres capitales más importantes del Imperio Romano en Hispania. Entender la actualidad de esta Ciudad supone comprender su Arqueología, es decir, su propia Historia, pues para asimilar la modernidad hay que asumir la antigüedad, esto es, analizarla, razonarla e incorporarla.

La que hoy es Capital de la Comunidad Autónoma de Extremadura se sustenta en estructuras antes utilizadas por los propios romanos, de esta forma, elementos como el Teatro, el Foro, el Circo, el Acueducto, las Termas, el Anfiteatro, los Arcos o los Templos, conviven con edificios modernos, avenidas y autovías. El orgullo de los ciudadanos de Mérida se sostiene en la creencia de que el futuro se ha de construir y conquistar sin olvidar el pasado común.

También nosotros, hombres y mujeres de Budô, tenemos una Arqueología que rescatar del olvido y hemos de proyectar el futuro atendiendo a los pilares sobre los que se han asentado nuestras tradiciones para así comprender más y mejor nuestro Arte Marcial.

En ocasiones uno tiene que ir muy lejos, para encontrar los registros que le abran a la Comprensión; en el caso del Aikido, esos vestigios capaces de despertar el Entendimiento pasan, una vez más, por conocer la Arqueología sobre la que se asientan sus orígenes. Entre esas auténticas joyas del Bujutsu Medieval de Japón, que configuran el armazón de la Pre-Historia del Aikidô, encontramos las siguientes Escuelas: Kitô ryû Jujutsu, Yagyu Shingan ryû Jujutsu, Tenshin Shinyô ryû Jujutsu, Takenouchi ryû Jujutsu y Daitô ryû Jujutsu.

Aunque los primeros indicios acerca del Jujutsu pueden encontrarse en las influencias que la China confuciana ejerciera sobre Japón a partir del siglo V, es bien seguro que la mayoría de las Escuelas eran ya una realidad, establecida y organizada, a partir de los siglos XVI y XVII, un momento en

el que el poder Tokugawa se encontraba en plena efervescencia y su dictadura militar había consolidado una paz autoritaria que implicaba, además: subyugación popular al poder instaurado, estamentos profesionales férreos, jerarquía social piramidal, restricción de desplazamientos, asociación, ideas, etc.

Este panorama descrito, cargado de dificultades para el ciudadano de a pie, iba a ser el caldo de cultivo sobre el que tomaran forma las Escuelas que siglos más tarde darían como fruto el Aikidô de aquel genio que fue Morihei Ueshiba, alumno, a su vez, de uno de los más carismáticos maestros de Bujutsu que transitaron el siglo XX: Sokaku Takeda, uno de los últimos exponentes del famoso clan que lleva su nombre.

La larga epopeya de la familia Takeda comienza en el siglo XII, con Minamoto no Yoshiaki, el primer miembro de esta larga genealogía que utilizó este ilustre apellido. Desde aquel momento y a lo largo de los diferentes períodos históricos que se sucedieron en Japón, el clan Takeda intervino en numerosos acontecimientos –militares y políticos– siendo una de las familias más activas y significativas en el devenir y posterior formación política del país.

En febrero de 1915, Morihei Ueshiba encontró a Sokaku Takeda en Hokkaido y, de manera intermitente, permaneció estudiando con él hasta 1922, fecha en la que se distanciaron, debido, en parte, a la inclusión de Morihei en la secta Omoto Kyo de Onisaburo Deguchi Sensei. Ueshiba, quien entonces ya fundamentaba su saber en un bagaje más que considerable, amplió sus conocimientos con el estudio de otras Escuelas del viejo Bujutsu, como la tradición Kashima Shintô ryû. Finalmente, con una trayectoria sobresaliente, creó su propio Arte, al que denominó, después de diferentes tentativas, Aikidô.

Habíamos llegado tarde a la estación de Shinjuku, después de pasar el día en el Kôdôkan Judô de Jigoro Kano y aún teníamos que cruzar Tokyo para llegar al Hombu dôjô de una de las facciones de la Escuela Daitô ryû Aikijujutsu, la comandada por Kondo Katsuyuki Sensei, alumno de quien

fuera último eslabón en activo la Escuela Daitô ryû Aikijujutsu de la familia Takeda: Tokimune Takeda Sensei, hijo menor de Sokaku Takeda.

El encuentro con la Escuela Daitô ryû en el Shinbukan dôjô de Kondo Sensei fue un viaje a las entrañas del Aikidô, una mirada retrospectiva a su vetusto pasado, el descubrimiento de su historia. Durante muchos años, nos habíamos preguntado: ¿Qué había estudiado Morihei Ueshiba con Sokaku Takeda Sensei a partir de aquel encuentro determinante celebrado en Hokkaido en 1915? ¿Podríamos interpretar desde esa perspectiva el contenido actual del Aikidô? ¿Reconoceríamos en sus formas la actualidad del equipaje técnico que contiene este Arte Marcial? Examinar la evolución de las secuencias, la actualización de los movimientos o la transformación de los hechos, fue un auténtico ejercicio de re-nacimiento y recuperación de nuestra memoria colectiva.

Como una forma de Bujutsu que es, Daitô ryû Aikijujutsu se desarrolló en un contexto social de total practicidad, donde las soluciones planteadas ante situaciones extremas se resolvían de manera contundente, eficaz, y con una visión integral de los recursos disponibles, que no eran pocos. Cuando se compara esta Escuela con el panorama del Aikidô actual, uno puede visualizar perfectamente cómo se han transformado las técnicas, qué dimensión se ha decidido tomar y qué se ha olvidado y perdido en el tránsito hacia este nuevo destino: una filosofía que comenzó a gestarse en los últimos años de vida del Fundador de este Arte, una dirección comandada por aspectos Éticos, Estéticos y Espirituales. (Nota: Budô, da prioridad a la Moral, continuando con la Estética y finalizando con la Disciplina; Bujutsu pone el acento en la Efectividad, seguida de la Disciplina y terminando con la Moral).

Una vez contextualizada esta Escuela -auténtica predecesora del Aikidô, situarla convenientemente en la historia, entender sus razones, sus variables y porqués, pudimos dedicar nuestro tiempo a la Observación y, con ella, al Aprendizaje, viendo con claridad que el esquema circular, armónico, energético o solidario que proponen las técnicas de Aikidô tuvo

en sus inicios otra filosofía y, por tanto, otros componentes, otras infraestructuras, entre ellas: la completa resolución de las situaciones, una contundencia total demostrada desde el primer instante o la auto-defensa, concebida desde una perspectiva integral, todo ello acompañado de elementos que el Aikidô actual ha minusvalorado y relegado, cuando no, olvidado, tales como: el trabajo con armas (Kumitachi, Kumijo), Atemijutsu Iaijutsu, Kiaijutsu, Kyushojutsu, etc.

Creo que la memoria es determinante para no olvidar quienes somos y de donde venimos y, siendo esto así en nuestra propia existencia, lo es, también, en nuestro mundo del Budô. A mi modo de ver lo nuevo está incluido en lo viejo y este axioma puede, también, entenderse a la inversa, por esta razón, opino que establecer puentes entre aquello que ha sido el soporte de nuestras tradiciones y lo que ahora conforma nuestra actualidad más inmediata, es una tarea casi de obligado cumplimiento para llegar a comprendernos y comprender con más profundidad la Esencia de nuestro Arte Marcial.

Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô